

ROMANCES HISTÓRICOS



I

Rodrigo abre la cueva encantada de Toledo

(Anónimo)

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar,
un torneo en Toledo
ha mandado pregonar:
sesenta mil caballeros
en él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
queriéndole comenzar,
vino gente de Toledo
por le haber de suplicar
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solían costumbrar.
El Rey no puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro

Hércules debía dejar.
 Entrando dentro en la casa
 nada otro fuera hallar
 sino letras que decían :
 «Rey has sido por tu mal ;
 »que el rey que esta casa abriere
 »á España tiene quemar.»
 Un cofre de gran riqueza
 hallaron dentro un pilar,
 dentro del nuevas banderas
 con figuras de espantar ;
 alárabes de caballo
 sin poderse menear,
 con espadas á los cuellos,
 ballestas de bien tirar.
 Don Rodrigo pavoroso
 no curó de más mirar.
 Vino un águila del cielo,
 la casa fuera quemar.
 Luégo envía mucha gente
 para África conquistar :
 veinte y cinco mil caballeros
 dió al conde Don Julián,
 y pasándolos el conde
 corría fortuna en la mar :
 perdió doscientos navíos,
 cien galeras de remar,
 y toda la gente suya,
 sino cuatro mil no más.

II

Rodrigo fugitivo y derrotado

(Anónimo)

Las huestes del rey Rodrigo
 desmayaban y huían

cuando en la octava batalla
 sus enemigos vencían.
 Rodrigo deja sus tierras
 y del real se salía :
 solo va el desventurado,
 que no lleva compañía.
 El caballo de cansado,
 ya mudar no se podía :
 camina por donde quiere,
 que no le estorba la vía.
 El Rey va tan desmayado
 que sentido no tenía :
 muerto va de sed y hambre,
 que de velle era mancilla ;
 y va tan tinto de sangre,
 que una brasa parecía.
 Las armas lleva abolladas,
 que eran de sangre perdida ;
 la espada lleva hecha sierra
 de los golpes que tenía ;
 el almete de abollado
 en la cabeza se hundía ;
 la cara llevaba hinchada
 del trabajo que sufría.
 Subióse encima de un cerro
 el más alto que veía :
 desde allí mira su gente
 cómo iba de vencida.
 De allí mira sus banderas,
 y estandartes que tenía,
 cómo están todos pisados
 que la tierra los cubría.
 Mira por los capitanes
 que ninguno parecía ;
 mira el campo tinto en sangre,
 la cual á arroyos corría.

El triste de ver aquesto
 gran mancilla en sí tenía ;
 llorando de los sus ojos
 d'esta manera decía :
 —Ayer era rey de España,
 hoy no lo soy de una villa ;
 ayer villas y castillos,
 hoy ninguno poseía ;
 ayer tenía criados
 y gente que me servía,
 hoy no tengo una almena
 que pueda decir que es mía.
 ¡Desdichada fué la hora,
 desdichado fué aquel día
 en que nací y heredé
 la tan grande señoría,
 pues lo había de perder
 todo junto y en un día !
 ¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
 y llevas esta alma mía
 de aqueste cuerpo mezquino,
 pues te se agradecería ?

III

Rodrigo penitente, y su muerte

(Anónimo)

Después que el rey Don Rodrigo
 á España perdido había,
 íbase desesperado
 por donde más le placía.
 Métese por las montañas
 las más espesas que vía,
 porque no le hallen los moros

que en su seguimiento iban.
 Topado há con un pastor
 que su ganado traía,
 dijole:—¿Dime, buen hombre,
 lo que preguntar quería
 es si hay por aquí poblado
 ó alguna casería
 donde pueda descansar,
 que gran fatiga traía?—
 El pastor respondió luégo
 que en balde la buscaría,
 porque en todo aquel desierto
 sólo una ermita había,
 adonde está un ermitaño,
 que hacía muy santa vida.
 El Rey fué alegre de esto
 por allí acabar su vida.
 Pidió al hombre que le diese
 de comer, si algo tenía:
 el pastor sacó un zurrón,
 que siempre en él pan traía ;
 dióle dél, y de un tasajo
 que acaso allí echado había.
 El pan era muy moreno,
 al Rey muy mal le sabía ;
 las lágrimas se le salen,
 detener no las podía
 acordándose en su tiempo
 los manjares que comía.
 Después que hubo descansado
 por la ermita le pedía,
 el pastor le enseñó luégo
 por donde no erraría.
 El Rey le dió una cadena,
 y un anillo que traía :
 joyas son de gran valor

que el Rey en mucho tenía.
 Comenzando á caminar,
 cuando el sol se retraía,
 á la ermita es ya llegado
 que el pastor dicho le había.
 Él dando gracias á Dios
 luégo á rezar se metía ;
 después que hubo rezado
 para el ermitaño se iba:
 hombre es de autoridad.
 que bien se le parecía.
 Preguntóle el ermitaño
 cómo allí fué su venida;
 el Rey, los ojos llorosos,
 aquesto le respondía:
 —El desdichado Rodrigo
 yo soy, que rey ser solía:
 vengo á hacer penitencia
 contigo en tu compañía;
 no recibas pesadumbre,
 por Dios y Santa María.—
 El ermitaño se espanta,
 por consolallo decía:
 —Vos cierto habéis elegido
 camino cual convenía
 para vuestra salvación,
 que Dios os perdonaría.—
 El ermitaño á Dios ruega
 por si le revelaría
 la penitencia que diese
 al Rey, que le convenía.
 Fuéle luégo revelado,
 de parte de Dios, un día,
 que le meta en una tumba
 con una culebra viva,
 y esto tome en penitencia

por el mal que hecho había.
 El ermitaño al Rey
 muy alegre se volvía:
 contóselo todo al Rey
 como pasado le había.
 El Rey d'esto muy gozoso
 luégo en obra lo ponía.
 Métese como Dios manda
 para allí acabar su vida,
 y el ermitaño muy santo
 mírale al tercero día.
 Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
 ¿Vaos bien con la compañía?
 —Hasta ahora no me ha tocado
 porque Dios no lo quería:
 ruega por mí, el ermitaño,
 porque acabe bien mi vida.—
 El ermitaño lloraba,
 gran compasión le tenía:
 comenzóle á consolar
 y esforzar cuánto podía.
 Después vuelve el ermitaño
 á ver si ya muerto había:
 halla que estaba rezando
 y que gemía y plañía.
 Preguntóle cómo estaba:
 —Dios es en ayuda mía,
 respondió el buen rey Rodrigo:
 la culebra me comía;
 cómeme ya por la parte
 que todo lo merecía,
 por donde fué el principio
 de la mi muy gran desdicha.—
 El ermitaño lo esfuerza,
 el buen Rey allí moría:
 aquí acabó el rey Rodrigo,
 al cielo derecho se iba.

IV

Negando serlo, reta Bernardo á los que le
decían bastardo

(Anónimo)

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
con un caballo morcillo
enjaezado de grana,
gruesa lanza en la mano,
armado de todas armas.
Toda la gente de Burgos
le mira como espantada,
porque no se suele armar
sino á cosa señalada.
También lo miraba el rey,
que fuera vuela una garza:
diciendo estaba á los suyos:
—Esta es una buena lanza:
si no es Bernardo del Carpio,
este es Muza el de Granada.—
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
ya sosegado el caballo
no quiso dejar la lanza;
mas puesta encima del hombro
al rey d' esta suerte hablaba.
—Bastardo me llaman, rey,
siendo hijo de tu hermana,
y del noble Sancho Díaz;
ese conde de Saldaña:
dicen que ha sido traidor,
y mala mujer tu hermana.

Tú y los tuyos lo habéis dicho,
que otro ninguno no osara:
mas quien quiera que lo ha dicho
miente por medio la barba;
mi padre no fué traidor,
ni mi madre mujer mala,
porque cuando fuí engendrado
ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
y á mi madre en orden santa,
y porque no herede yo
quieres dar tu reino á Francia.
Morirán los castellanos
antes de ver tal jornada:
montañeses, y leoneses,
y esa gente esturiana,
y ese rey de Zaragoza
me prestará su compañía
para salir contra Francia
y darle cruda batalla;
y si buena me saliere,
será el bien de toda España;
si mala, por la república
moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltes
pues me diste la palabra;
si no, en campo, como quiera
te será bien demandada.

V

Quiere el rey por sorpresa prender á Bernardo,
mas éste prevenido, lo evita, haciéndose
temer.

(Anónimo)

Con cartas sus mensajeros
el rey al Carpio envió;
Bernardo, como es discreto,
de traición se receló:
las cartas echa en el suelo
y al mensajero así habló:
—Mensajero eres amigo,
non merecéis culpa, non;
mas al rey que acá te envía
dígasle tú esta razón:
que no le estimo yo á él,
ni aun á cuantos con él son;
mas, por ver lo que me quiere,
todavía allá iré yo.—
Y mandó juntar los suyos:
d'esta suerte les habló:
—Cuatrocientos sois los míos,
los que comedes mi pan:
los ciento irán al Carpio,
para el Carpio guardar;
los ciento por los caminos,
que á nadie dejen pasar;
doscientos iréis conmigo
para con el rey hablar;
y si malo me aviniere
lo peor será tornar.—
Por sus jornadas contadas
á la corte fué á llegar.

—Dios os mantenga, buen rey,
y á cuantos con vos están.

—Mal vengades vos, Bernardo,
traidor, hijo de mal padre:
dite yo el Carpio en tenencia,
tú tómaslo de heredad.

—Engañáisvos vos, el rey,
et non decides verdad;
que si yo fuese traidor,
á vos os cabía en parte.

Acordársevos debía
de aquella del Encinal,
cuando gentes extranjeras
allí os trataron tan mal,
que os mataron el caballo,
y aun á vos querían matar.
Bernardo, como traidor,
d'entre ellos vos fué á sacar:
allí me distes el Carpio
de juro y de heredad:
prometístesme á mi padre,
non me guardastes verdad.

—Prendedlo, mis caballeros,
que igualado se me ha.

—Aquí, aquí, mis doscientos,
los que comedes mi pan,
que hoy era venido el día
que honra debemos ganar.—

El rey, de que aquesto viera,
d'esta suerte fué á hablar:

—¿Qué ha sido aquesto Bernardo,
que así enojado te has?

¿Lo que hombre dice de burla
de veras lo vas tomar?

Yo te do el Carpio, Bernardo,
de juro y de heredad.

—Aquestas burlas, el rey,
no son burlas de burlar;
llemástesme de traidor,
traidor, hijo de mal padre:
el Carpio yo no le quiero,
bien lo podéis vos guardar,
que cuando yo lo quisiere,
muy bien lo sabré ganar.

VI

Bodas de Ruy Velázquez con D.^a Lambra,
y odios contra los Laras

(Anónimo)

¡Ay Dios, qué buen caballero
fué don Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aqueste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara sus sobrinos
los siete infantes de Lara,
ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevara.
Ya se trataban las bodas
con la linda doña Lambra:
las bodas se hacen en Burgos,
las tornabodas en Salas:
las bodas y tornabodas
duraron siete semanas;
las bodas fueron muy buenas,
las tornabodas muy malas.
Ya convidan por Castilla,
por Castilla y por Navarra:

tanta viene de la gente
que no hallaban posadas,
y aún faltaban por venir
los siete infantes de Lara.

—*Helos, helos por dô vienen
por aquella vega llana.*

Sáuelos á recibir

la su madre doña Sancha.

—*Bien vengades, los mis hijos,
buena sea vuesa llegada.*

—*Norabuena estéis, señora,
nuesa madre doña Sancha.*—

Ellos le besan las manos,
y ella á ellos en la cara.

—Huelgo de veros á todos,
que ninguno no faltara,
porque á vos, mi Gonzalvico,
y á todos mucho os amaba.

Tornad á cabalgar, hijos,
y tomad las vuestras armas,
y allá os iréis á posar
al barrio de Cantarranas.

Por Dios os ruego, mis hijos,
no salgáis de las posadas,
porque en semejantes fiestas
se urden buenas lanzadas.—

Ya cabalgan los infantes
y se van á sus posadas;
hallaron las mesas puestas,
viandas aparejadas.

Después que hubieron comido
pidieron juegos de tablas,
si no fuera Gonzalvico
que su caballo demanda,
y muy bien puesto en la silla
se sale para la plaza,